

HA PESAJ DE DAVID (La Pascua de David)



Aquella tarde del 14 de Nisán, según recuerdo, estaba más impaciente que en ninguna otra, aunque pienso que no mucho más que cualquiera de los chiquillos de mi edad que vivían en Belén. Mi hermano Eliab había estado ocupado todo el día con mi padre Jesé preparando el cordero, que, el día anterior, habían sacrificado para la cena de la noche y no había hecho caso a cuantas preguntas quería hacerle sobre el significado de todo lo que hacían. A



Eliab, como hermano mayor, era a quién acudía normalmente, con mis seis años recién cumplidos, a preguntar cuando papá o mamá andaban ocupados, como ocurría ahora.

Déjame, David, era su respuesta. Esta noche, durante la cena, podrás preguntar cuanto quieras, y seguro que tendrás la respuesta que esperas.

Tampoco de mi madre, ocupadísima en limpiar la vajilla y los candelabros de plata, había obtenido otra respuesta que el consabido:

- Esta noche, durante la cena, podrás preguntar cuanto quieras.

El día anterior, había preguntado a mi padre:

- ¡Papá, por qué hemos limpiado toda la casa y nos has hecho ir con la candela buscando los mendrugos de pan que pudiera haber, e incluso hasta las migas, para después quemarlas?.

- Mañana, me contestó, es una fiesta importante, y la Toráh nos dice que "todo aquel que coma algo fermentado, será exterminado de la comunidad". Nosotros no queremos que, sin darnos cuenta, lo comamos y seamos excluidos de la fiesta.

- ¿Por qué se prohíbe lo fermentado, papá?

- Porque la levadura representa el mal instinto del corazón, que nos impide hacer la voluntad de Dios, me contestó, feliz de que quisiera saber.

A la puesta del sol ya estaba preparada la mesa. ¡No salía de mi asombro!. Ningún otro día, que me acordara, había estado tan bonita. No faltaba ningún detalle: el mantel blanco que colgaba hasta el borde del suelo; los útiles y vajilla que mamá guardaba en la alacena de la cocina y que no había visto utilizar nunca. No paraba un momento dando vueltas y más vueltas en derredor observándolo todo: estaban los candelabros de plata, que había visto limpiar a mamá por la tarde, el pan, el vino y una bandeja, llamada keará, con cosas "raras" que nunca había visto antes. En la cocina el cordero asado hacía llegar hasta mi nariz su olorillo característico. Estaba nervioso deseando que comenzara la cena, no en vano iba a ser mi primer Seder.



Aún tuve que esperar a que todos mis hermanos, y los papás, estuvieran presentes, para lo que tuvo que pasar un buen rato. Tenían que arreglarse con los vestidos nuevos, como a mí me había arreglado mamá. Por otra parte, esperábamos que los vecinos se unieran a la fiesta, según me había comentado papá por la tarde, para completar el número suficiente y poder comer todo el cordero, tal como Moisés nos había enseñado.

Ya todos presentes, y antes de sentarnos, mamá hizo algo de lo que no perdí detalle: mientras recitaba una bendición encendió las velas y, levantando las manos, pronunció una oración en la que, me pareció, que pedía al Altísimo una vida larga y feliz, criar hijos que amen y teman a Dios, y no sé cuántas cosas más.



- ¿Y eso, a qué viene?, me atreví a preguntar.

- Las velas, me explica papá, simbolizan la luz y la alegría que brota de la fiesta, don de Dios. Por eso todos cantamos:

¡Quien tenga hambre, venga a hacer Pascua con nosotros!

¡Quien esté afligido, venga a hacer Pascua con nosotros!

¡Hoy en Egipto en la esclavitud,

Mañana en Israel, en la libertad!

Todos los chicos nos sentamos a la mesa en un lugar destacado para ver bien y estar atentos a lo que esta noche iba a suceder; pues, como había dicho papá, esta fiesta enseña a los niños el significado de la liberación de Egipto. Desde este sitio de privilegio observé cómo mi padre, Jesé, llenaba las copas de los presentes con vino; y, elevando la suya con la mano derecha, entona una bendición antes de la comida: Bendito seas, Señor, repetirá varias veces y por diferentes motivos, entre los que destaca la fiesta dada por el Poderoso. Se trata de la copa de la santificación. Bebemos todos, esta noche yo también puedo hacerlo. Entonces es cuando me doy cuenta que hay un sitio vacío.



- ¿A quién esperábamos, mamá?

- Es el sitio del profeta Elías, una noche de Pascua vendrá, descenderá del carro de fuego; se sentará con nosotros y anunciará: ¡Ha llegado el Mesías!

- ¿Será esta noche, mamá?

- Tal vez. Por eso hemos dejado la puerta abierta.

No se me iban los ojos de la keará, el plato central de la mesa, y de su contenido que cada vez se me hacía más "raro". Y he aquí que, nada más haber bebido la copa, mi padre se acerca al plato e invita a los presentes, tras haber hecho una bendición, a coger una porción de verduras, uno de los contenidos de la keará, mojarla en el líquido de un cuenco que había junto a ellas y comerla. Noto que estas verduras son amargas y que el cuenco está lleno de vinagre con sal.

- ¿Qué es esto?, pregunto ya más resuelto.

- Un signo del sufrimiento y amargura de la esclavitud de Egipto, me contesta padre.

El baál haséder, mi padre, tomó después el pan, que madre había cocido sin levadura, y alzándolo dijo: "He aquí el pan de miseria que han comido nuestros padres en Egipto. Cualquiera que tenga hambre que venga a comer con nosotros. Cualquiera que esté esclavo que venga y haga Pascua con nosotros. Este año aquí, el año próximo en Jerusalén, libres."



(Fue unos años más tarde cuando entendí el significado de estas palabras, pero se me quedaron grabadas desde aquella noche que las escuché por primera vez, y toda la vida estarán presentes. Cuando, ya rey de Israel y entré con el Arca en Jerusalén, pensé se habían cumplido; pero no, siempre habrá alguien con hambre, o esclavo, que necesite hacer Pascua.)

En este momento mil preguntas venían a mi cabecita y las solté de carrerilla:

- ¿Por qué esta noche es diferente a todas las otras noches?

Todas las otras noches comemos pan con levadura,

¿por qué esta noche solo sin levadura?

Todas las otras noches comemos cualquier clase de verdura,

¿por qué esta noche solo amargas?

Todas las otras noches nos vamos a la cama pronto,

¿por qué esta noche estamos levantados?

Todas las otras noches no esperamos a Elías,

¿por qué esta noche sí?



Fue entonces cuando papá comenzó la narración del Exodo. Nunca le había visto tan inspirado. Verdaderamente parecía, que, según lo contaba, nos hacíamos presentes, que en nuestras carnes vivíamos la esclavitud de Egipto y cómo el Eterno nos saca de allí con mano fuerte y tenso brazo, (entonces nos muestra un hueso del cordero asado que también estaba en la keará). Escuchándolo hubiera pasado toda la noche hasta la hora del rezo matutino del Shemá. Y conste que la narración no fue nada breve, se remontó a nuestros primeros padres Abraham, Isaac y Jacob depositarios de la promesa, a cómo sus descendientes llegaron con José a Egipto; cómo se hizo un pueblo numeroso al que el faraón tuvo que esclavizar por miedo a que se hicieran poderosos, cómo Dios escuchó el clamor de su pueblo y los libró una noche como ésta.

Entonces, continuó papá, el Señor provee: Cuando el faraón piensa que han caído en la trampa rodeados por el mar, las aguas del mar se abren para que su pueblo pase a pie enjuto. Noche de vigilia para el señor ha sido aquella noche, para salvar a sus hijos de la esclavitud, por eso será una noche de vigilia para todas las generaciones.

Dan ganas de cantar como cantó Moisés y su pueblo: “Precipitó en el mar caballo y caballero”.

Y cantamos.

Mientras papá narraba todas estas cosas, veía que la mirada de todos los presentes estaba fija en sus labios como para no perder ni una sílaba, hasta el niño necio de los vecinos que había preguntado, en un momento determinado: ¿por qué hacéis estas cosas?, como si él no las estuviera haciendo, a lo que papá le dijo: porque el Señor hizo esto “por mí” cuando salí de Egipto; “por mí” y no “por ti”, pues si “tú” hubieras estado allí, “tú” no hubieras sido rescatado; (a lo que yo dije para mis adentros: te está bien empleado por necio), éste estaba atento, así que cuando papá al terminar la narración dijo:

- ¡Cuántos bienes nos ha dado el Señor!

Si nos hubiera hecho salir de Egipto, sin hacernos justicia del faraón

Todos, a una, gritamos:

- ¡Dayenu!. ¡Eso nos hubiera bastado!

Y fuimos repitiendo ¡Dayenu!, a medida que mi padre nos recordaba pasajes del Éxodo.

Como no era yo sólo el único que no sabía qué eran las cosas de la keará, papá nos fue explicando el significado de cada uno de los signos, así llamó él aquellas cosas “raras”, que quedaban en el plato y aún no conocíamos. El jaroset, que tomaríamos luego en el postre de la cena, es una mezcla de manzana, nuez, dátíl, (todo bien molido con canela, vino, miel...), que por su aspecto nos recuerda los ladrillos, que nuestros padres fueron obligados a hacer en Egipto. Un huevo duro, símbolo de duelo y del pueblo judío, cuanto más se le oprime, más



fuerte se vuelve, del mismo modo que el huevo se endurece con la cocción



La verdad era que, después de todo esto, ya iba sintiendo un poco de hambre, así que cuando papá, como presidente, tomó el pan, lo partió y nos lo dio a comer diciendo: Este es el pan de la aflicción que nuestros padres comieron en Egipto, pensé en esta aflicción y que aún teniendo tanta hambre como yo en ese momento, este pan, sin levadura ni sal, era realmente lo que significaba.

Menos mal que llegaba la hora del banquete, ¡había preparado mamá tantas cosas buenas!. Sin duda el plato más importante es el cordero asado. Tan importante es que lo llamamos “la Pascua”. Moisés mandó, en Egipto la noche del Exodo, que se comiera asado al fuego, con prisa, porque el Señor había dicho: “aquella noche yo pasaré por Egipto”. Dando la muerte y la vida. La sangre del cordero, que manchaba puertas y dinteles de los que lo habían comido, tenía el poder de alejar la muerte y dar la vida, según me contó en cierta ocasión mi hermano Eliab.

El banquete pascual llegaba a su fin con la estrella de la mañana. Papá echó vino tinto en una gran copa, la tomó y la levantó. ¿Irás a bebérsela él solo toda?, me pregunté un tanto intranquilo, ya que durante toda la noche había corrido mucho vino. Vino abundante en recuerdo, me decían, de que no lo había para los esclavos en Egipto y en el desierto el agua era preciosa, pero que, cuando el Señor les hizo entrar en la tierra prometida, encontraron colinas cubiertas de viñas y pudieron beber en abundancia el vino de la alegría. Pero no, con la copa levantada dijo: Con vuestro permiso daré gracias.



- Verdaderamente tenemos que dar gracias, dijimos todos poniéndonos en pie.

Todo lo que siguió fue una gran bendición de gracias por parte del presidente, mi padre. Me pareció que hizo hasta cuatro bendiciones: por no faltarnos el alimento, por la tierra nueva en la que vivimos, por la benevolencia del Señor y por el Mesías que esperamos. A mí, particularmente, me gustó la última. Aún había tiempo para que

Llegara Elías esta noche para anunciarlo y me quedé mirando la puerta todavía abierta.

Papá continuaba con la copa levantada. Le oí, medio distraído pensando en Elías y su carro de fuego, que decía algo como: ...Te damos gracias, sobre todo, por la Alianza que marcaste en nuestra propia carne.....

Después, bebió él y nos dio a beber a todos los presentes de la copa de la bendición.

Me caía de sueño. Bueno, me quedé dormido mientras continuaba la fiesta entre alabanzas y acciones de gracias. Cuando desperté, padre proclamaba el final de la celebración:

- Que sea aceptado ante Dios este oficio nuestro. Se ha cumplido el Seder de Pesaj según su rito y conforme a todos sus preceptos y costumbres. A lo que todos contestamos

- Amén

- ¡El año próximo en Jerusalén!

No fue el año siguiente, ni al otro. Tuvieron que pasar muchas celebraciones del Seder, hasta que el Señor, ¡sea, El, bendito!, me concedió, siendo ya Rey de Israel, poder entrar libre en Jerusalén. Habían pasado veinticinco desde mi primer Seder, cuando al frente de las tropas derrotamos a los yebuseos, dueños de la Ciudad, y entramos en ella. ¡Dios había liberado a su pueblo!. Durante estos veinticinco años, ninguno dejó de celebrar la Pascua. En ellas, siempre, la aparición de Dios, su intervención, provocaba una tensión, ponía al hombre en movimiento, abría caminos para la historia y se ponía la existencia en marcha.

Y así termina esta historia. ¿Os ha gustado?, pregunta el abuelo.

- Abuelo, dice Francisco, ¿no se parece esta historia mucho a nuestra eucaristía?



- Es que es lo mismo. La eucaristía es memorial de la Cena del Señor, y la Cena no era más que la celebración de la Pascua con sus discípulos. Lo que ocurre es que el pan que hoy parte el celebrante, que

hasta entonces era el pan de la miseria recuerdo de la esclavitud, Jesús lo cambia en su cuerpo que se entrega. Este pan es la muerte que os tiene esclavos, que yo rompo para siempre, viene a decir. Igual cuando, al final de la cena, levanta la copa de la bendición, cambiará el significado del signo cuando diga: "Tomad y bebed todos. Este cáliz es la Nueva Alianza, en mi sangre, que se derrama para el perdón de los pecados. ¡Haced esto en memoria mía!". Esta copa que, hasta ahora, era el signo de la Tierra Prometida, lo será desde entonces, de otra tierra donde se da el Amor total: la Vida eterna.

Lo demás es todo igual, hay narración de la Historia de la Salvación (las lecturas), hay cantos (los salmos), hay acción de gracias (el prefacio), etc.

Esta narración está inspirada en los libros :

DAYENU. J.A. Sobrado. Biblioteca para la Nueva Evangelización

LOS AÑOS OSCUROS DE JESUS. Robert Aron. Biblioteca Mercabá

QUIERO IR A JERUSALEN. Michi Costa, Biblioteca Catecumenal

BIBLIA DE JERUSALEN

Cuaresma de 2014

Pascua de 2014